La palabra del nuevo Premio Nacional de Literatura de Uruguay

JULIO DA ROSA: *"El criollismo reclama su derecho"*

Desde Montevideo, un reportaje de Mario Delgado Aparain

Julio da Rosa, uno de los mayores exponentes de la narrativa uruguaya, acaba de recibir el Premio Nacional de Literatura instituido por el Ministerio de Educación y Cultura de aquel país. Oriundo de las solitarias zonas rurales del Departamento de Treinta y Tres, cercanas a la frontera con Brasil, debió enfrentarse desde muy temprano al drama del desarraigo, como precio de la búsqueda de la cultura y la civilización, tema que será medular en su creación literaria.

*Los títulos publicados a lo largo de los últimos años suman entre ediciones y reediciones, unos treinta. **Juan de los desamparados, Rancho amargo, De sol a sol** y fundamentalmente **Ratos de padre**, verdadero canto a la paternidad, alternan con sus incursiones en la narrativa para niños: **Buscabichos, Gurises y pájaros**, obras destinadas a descubrir el mundo sensible de la naturaleza oriental, a través de los animales.*

*Da Rosa sintetiza a los 60 años el panorama diverso y contradictorio de gran parte de la narrativa uruguaya. Autodefinido como escritor **criollista**, vivió en los tiempos del gran Juan José Morosoli, Francisco Espínola, Denis Molina, Silva Valdés, la mayoría integrante del grupo de la revista "Asir", versión montevideana del grupo de Boedo, en franca oposición al universalista grupo de la revista "Número". Desde entonces sostuvo una obstinada posición en favor de la literatura gauchesca, para muchos diluida en débiles bases folklóricas y pintoresquismos regionales. Incesante y tenaz, sigue escribiendo "apurado por la editorial hasta larga hecha la noche" —explica—, sobre ese mundo de hombres y costumbres, "cuyas tareas de existir la Historia nunca alcanzará a recoger".*

*Desde su casa en Montevideo, Julio C. da Rosa accedió al siguiente reportaje de Mario Delgado Aparain para **Cultura y Nación**, y también a publicar en nuestras páginas uno de sus cuentos más representativos: "Bolichero viejo".*

—Ahora que ha recibido un reconocimiento tan importante como es el Premio Nacional de Literatura, uno imagina una valoración interior de todo lo realizado. ¿Cómo define usted la importancia de su creación?

—Creo que todos somos memoriosos de la adolescencia y la memoria es más fresca cuanto más lejos se encuentra. En mis huesos y en mi espíritu llevo fundida la existencia del campo, sus hombres y su escenario, la vida, el trabajo, la muerte y su lenguaje, han sido voces que nunca he podido ni he intentado acallar. Siempre supe que es importante para una integración cultural, la recolección de ese mundo de tareas y costumbres y que la Historia no alcanza para recogerlas. En la ciudad nadie vio ni sabe cómo se lleva a cabo una carneada, ni sabe del arraigo festivo que semejante faena tiene, a menos que lo lea...

—¿Usted cree que eso importe en la ciudad?

—En países como los nuestros sí. En definitiva somos mucho más campesinos de lo que creemos y hasta por no creernos lo somos. Estoy tan seguro que cuando estoy haciendo una frase, hay tanta gente que espera que se la diga así, de esa forma, porque solo así puede conocer de lo que quiero que ella sepa. Aquello que hizo de mí lo que soy y la necesidad de aportarlo.

—La crítica lo ha definido a usted como un escritor criollista. ¿Hay una forma de ajustar ese término?

—Narrativa criollista es, a mi entender, la que se desarrolla sobre temas vinculados al paisaje y al hombre rurales. Siempre hubo gente (y seguramente la habrá), inclinada a trabajar sobre esa temática, aquí, ahora y a lo largo del mundo y de los tiempos; a la labor de esa gente, debe la humanidad muchísimas de las más grandes obras literarias. Lo deseable, pues, es que se reconozca a quienquiera que sea el derecho a escribir, pintar, esculpir, hacer música, investigar, etc., sobre lo que se le dé la gana, y que se deseche por dogmática y soberbia, toda descalificación de una obra de arte, por el motivo de su inspiración.

—Desde las filas de la revista "Asir", y que usted integró por el año 47 junto a Morosoli, Liber Falco, Francisco Espínola y Denis Molina, entre los más conocidos, se libraron encendidas discusiones con la gente de "Número", Mario Benedetti, Rodríguez Monegal y otros, acerca del enfrentamiento entre literatura nacional, criollista, etc. y literatura universal, tal como ocurrió en Buenos Aires entre los grupos de Boedo y Florida. ¿Es válido todavía ese enfrentamiento?

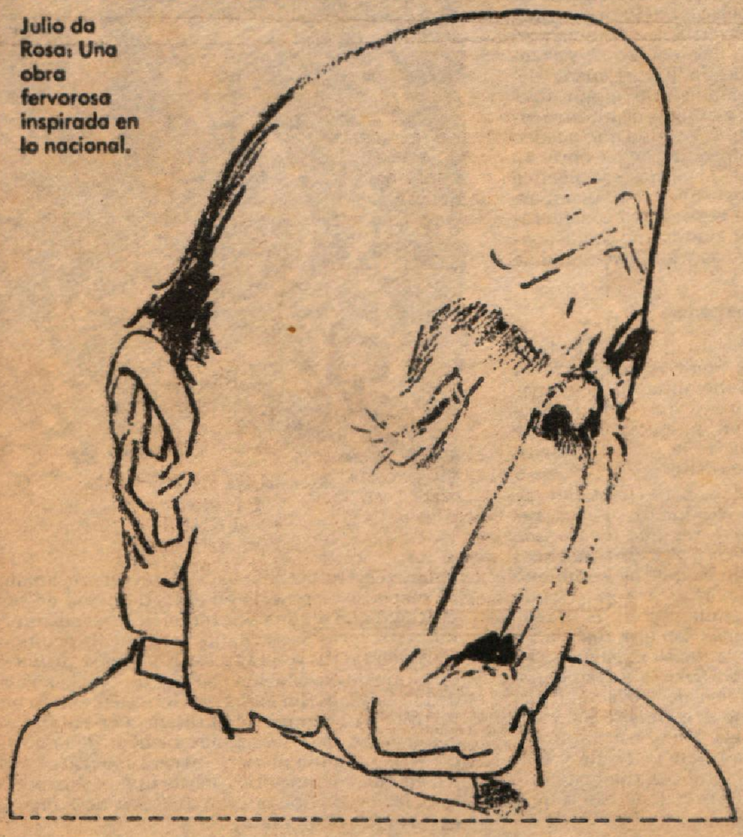
—¿Literatura criollista o licenciatura universal? ¿Por qué o y no y? Hace muchos años ya que Vaz Ferreyra nos previno contra los paralogismos de falsa oposición. Lo curioso es que esta falsa oposición que se da tan reiterativamente, encarnizadamente, habría que decir, en materia literaria, no ocurre a propósito de otras disciplinas artísticas. Habrá de recordarse que el sarampión **anticriollista** de ahora fue en otro tiempo la fobia **antigauchista**, y en otro el horror al **nativismo** y más adelante el encono con el **regionalismo**.

—En la música, por ejemplo, no se da...

—No solo que no se da, sino que la tónica es la inversa: el fomento de lo nuestro; el aplauso por lo que tenga color, sonido, sabor raigal; la afición por el estudio de nuestras tradiciones. No hay, pues, incompatibilidad entre ambas literaturas. Criollista quiere decir lugareña y lugareñas son desde **la Biblia a Don Quijote**.

—¿Usted piensa, por lo tanto, que este tipo de literatura, en lugar de debilitarse por la gran absorción de los escritores que hace la problemática urbana en la actualidad, habrá de perdurar y fortalecerse?

—El criollismo —o como se le llame a la creación inspirada en el ámbito rural— habrá de continuar existiendo con la misma lozanía que hasta ahora, como cualquier otro espécimen de la libre creación, salvo que se lo prohíba. Se ha de saber que el criollismo solo reclama su elemental derecho a existir, el que por aquí o por allá se le suele negar. Yo diría que si no fuese por las arremetidas que de cuando en cuando se le hacen, esta literatura jamás hubiese tenido necesidad de salir en su propia defensa. ¿Qué razones existen para suponer su extinción y no pensar lo mismo, por ejemplo, de la literatura montevideanista o porteña? El campo seguirá constituyendo la mayor parte del país y su gente la mitad de su población: uno y otro están allí y supongo que no habrán de faltar hombres inteligentes y sensibles que, en vez de negarlos y despreciarlos, los toman como objeto de su quehacer artístico.



Julio da Rosa: Una obra fervorosa inspirada en lo nacional.